

creer en una invasión de tártaros en el siglo XIV. Entre esas láminas hay una terrible, misteriosa, y cuyo sentido, vagamente entrevisto, parece lleno de estremecimientos y de espanto: un muerto medio soterrado se incorpora á medias apoyado en un codo, y con la huesosa mano escribe sin mirar en un papel que tiene al lado una palabra que vale tanto como las más negras del Dante: *Nada*. En torno á su cabeza, que conserva bastante carne para ser más horrible que un cráneo seco, revolotean, visibles apenas en la espesa tiniebla, monstruosas figuras de pesadillas iluminadas por lívidos relámpagos. ¿Sabéis de algo más siniestro y más desolador?

En la tumba de Goya está enterrado el antiguo arte español, el mundo ya desaparecido de toreros, majos, manolas, frailes, contrabandistas, ladrones, alguaciles y brujas, todo el color local de la Península. Llegó á tiempo para recoger y fijar todo aquello. Pensó trazas caprichosas, é hizo el retrato y la historia de la España vieja, mientras creía servir á las ideas y á las creencias nuevas.

IX

El Escorial.—Los ladrones

El Escorial está á siete ú ocho leguas de Madrid, al pie de una cordillera, y nada se puede imaginar más árido y desolado que la campiña que hay que atravesar para verlo; no hay un árbol ni una casa: pendientes que se juntan unas con otras, barrancos desiertos, y en lontananza montañas azules cubiertas de nieve ó de nubes.

A medio camino, y en lo alto de una cuesta fatigosa, hay una casucha aislada, única que se halla en un espacio de ocho leguas, frente á un manantial que filtra gota á gota agua pura y helada. Se beben todos los vasos de agua que se pueden, se deja resollar á las mulas y se reanuda la marcha. Pronto se ve el Escorial, Leviatán de la arquitectura. De lejos es hermoso el efecto; parece verse un inmenso palacio oriental. Antes de llegar hay que atravesar un gran bosque de olivos, adornado con cruces caprichosamente encaramadas en peñascos del efecto más pintoresco. En seguida se llega al pueblo y se ve frente á frente al coloso, que pierde mucho visto de cerca, como todos los colosos del mundo.

Todo el mundo sabe que el Escorial fué edificado á consecuencia de un voto que hizo Felipe II en el cerco de San Quintín, durante el cual tuvo que

cañonear una iglesia de San Lorenzo y prometió al santo indemnizarle con otra más grande y más hermosa; cumplió su palabra mejor de lo que suelen hacerlo los reyes. El Escorial, empezado por Juan Bautista, terminado por Herrera, es seguramente, después de las Pirámides, el montón más grande de granito que hay en la tierra; en España lo llaman la octava maravilla, y como cada país tiene la suya, resulta que hay más de 30 octavas maravillas en el mundo.

Mucho me apura tener que dar mi opinión acerca del Escorial. Tanta gente formal (que probablemente no lo ha visto nunca) ha hablado de él como de una obra maestra, esfuerzo supremo del genio humano, que este pobre periodista andante parecerá querer contrarrestar adrede la opinión general; de todos modos, según mi leal saber y entender, he de declarar que me parece el Escorial el monumento más fastidioso y aburrido que pueden soñar, para mortificar al prójimo, un fraile hurafío y un tirano receloso. Ya sé que el Escorial había de ser austero y religioso, pero la gravedad no es la sequedad, la melancolía no es el marasmo, el recogimiento no es el aburrimiento, y siempre puede concertarse la belleza de la forma con la elevación de la idea. El Escorial tiene la forma de una parrilla, para honrar á San Lorenzo; cuatro torres ó pabellones cuadrados representan los pies del instrumento de tortura; otras construcciones forman el marco, y edificios transversales figuran las barras de la parrilla. El palacio y la iglesia están edificados en el mango. La gente partidaria del *buen gusto* y la *sobriedad* en la arquitectura, deben encontrar perfecto el Escorial, porque la única línea empleada es la recta y el único orden el dórico, el más triste y pobre de todos.

Nada más monótono que esos edificios de seis ó siete pisos sin molduras, sin pilastras, sin columnas, con ventanucas aplastadas que parecen, al verlas, de colmena; eso es el ideal del hospital ó del cuartel: su único mérito es ser de granito. Encima de todo ello se ve un cimborio jorobado. Para que todo sea simétrico, alrededor de ese cuerpo de edificio se han construido monumentos del mismo estilo, es decir, con muchas ventanas y ningún adorno; éstos comunican entre sí por medio de galerías en forma de puente. Los alrededores del monumento tienen losas de granito, y marcan su límite cerca de tres pies de altura, adornadas con bolas. La fachada no rompe la aridez de la línea.

Empezamos por entrar en un patio muy grande, en cuyo fondo se yergue la portada de una iglesia, que no tiene nada notable más que colosales estatuas de profetas. El patio enlosado es frío y húmedo, y la hierba crece en los rincones. Sólo con poner allí los pies, senti caer sobre mí el aburrimiento como una capa de plomo; se me oprimió el corazón, como si la alegría hubiera muerto para mí. Nótase á veinte pasos de la puerta cierto olor glacial y soso de agua bendita y de cripta sepulcral, traído por una corriente de aire, cargada de pleuresias y catarros. Aunque haga fuera un calor de treinta grados, parece que el tuétano se congela en los huesos, y que nunca podrá el calor de la vida caldear en las venas la sangre, más fría que la de una víbora. Aquellos muros impenetrables como la tumba no dejan que se filtre el aire de los vivos á través de las macizas paredes. Pues bien; á pesar del frío claustral y moscovita, lo primero que vi en la iglesia fué una española que con una mano se daba golpes de pecho y con la otra se abanicaba fervorosamente. Me acuerdo de que el abanico era

de un color verde mar ú hoja de iris, que me hace tiritar cuando pienso en aquello.

Lo interior de la iglesia es triste y frío. Enormes pilastras de color de ratón suben hasta las bóvedas pintadas al fresco, cuyos tonos azulados y vaporosos casan mal con el color frío y pobre de la arquitectura. El retablo, dorado y esculpido á la española, con hermosas pinturas, corrige algo la aridez que produce el empeño de sacrificarlo todo á una insípida simetría. Las estatuas de bronce dorado son de hermoso estilo y buen efecto: el coro, que está frente al altar mayor, es por sí solo una iglesia inmensa; la sillería, en lugar de florecer con fantásticos arabescos como la de Burgos, participa de la rigidez general y no tiene otro adorno que sencillas molduras. Nos enseñaron el sitio donde durante catorce años iba á sentarse el sombrío Felipe II, rey nacido para ser inquisidor. En la iglesia del Escorial se siente el hombre tan abatido, tan abrumado, tan dominado por un poder inflexible y sombrío, que se comprende la inutilidad de la oración. El dios de un templo así nunca se dejará conmovér.

Después de haber visitado la iglesia bajamos al Panteón, donde yacen los cuerpos de los reyes, cripta octogonal de 36 pies de diámetro y 38 de altura, situada precisamente debajo del altar mayor, de modo que el cura, al decir misa, pisa la piedra que forma la clave de la bóveda. El Panteón está completamente revestido de jaspe, pórvido y otros mármoles preciosos. En los muros hay nichos destinados á contener los cuerpos de reyes y reinas que han tenido sucesión. Hace en el subterráneo un frío penetrante y mortal. El monstruoso edificio gravita con todo su peso sobre el visitante: lo rodea, lo ata y lo ahoga, como los tentáculos de

un inmenso pulpo de granito. Los cadáveres encerrados en aquellas urnas sepulcrales parecen más difuntos que los demás muertos, y cuesta trabajo creer que logren resucitar algún día. Lo mismo que en la iglesia, la impresión es desesperante y siniestra; en ninguna de aquellas bóvedas hay un agujero que permita ver el cielo.

En un corredor hay un Cristo de mármol blanco y de tamaño natural atribuido á Benvenuto Cellini, y algunas pinturas fantásticas por el estilo de las tentaciones de Callot y de Teniers, pero más antiguas. Nada puede imaginarse más monótono que los interminales corredores de granito ceniciento, estrechos y bajos, que circulan por el edificio como las venas por el cuerpo del hombre. Hay que subir, bajar, dar mil vueltas, y un paseo de tres ó cuatro horas bastaría para gastar las suelas de las botas, porque aquel granito es áspero como una lima. Al subir al cimborio se ve que las bolas que lo adornan, que parecen cascabeles desde abajo, son enormes, y podrían servir para hacer inmensos mapamundis. Grandioso horizonte se extiende á la vista, que abraza con una ojeada la montuosa campiña que separa el Escorial de Madrid.

Cuando subimos al cimborio, había en el extremo de una chimenea, en un nido de paja semejante á un turbante del revés, una cigüeña con tres crías. Aquella interesante familia presentaba el aspecto más caprichoso: la madre, en medio del nido, sosteníase en una pata, con el cuello hundido entre los hombros y el pie majestuosamente colocado sobre el pecho, como un filósofo meditando: las crías alargaban pescuezo y pies como pidiendo de comer. Pensaba yo contemplar una de esas escenas sentimentales de la historia natural, como la que presenta al pelicano abriéndose

el pecho para dar su sangre á los hijuelos, pero á la cigüeña parecía que le importaban muy poco aquellas demostraciones famélicas, y no se movía más que si fuese de madera. Aquel grupo melancólico hacía más sensible la profunda soledad y prestaba aspecto egipcio al montón faraónico.

Dicen que tiene mil ciento diez ventanas en la parte exterior, cosa que asombra á la gente; preferí darle por hecho á contarlas, pero lo creo probable, porque nunca vi tanta ventana; también es fabuloso el número de puertas.

Sali de aquel desierto granítico, de aquella nerópolis monacal con satisfacción y alegría extraordinarias; me parecía volver á la existencia, á la juventud y al júbilo de disfrutar de la creación, de lo cual había perdido la esperanza bajo aquellas bóvedas fúnebres. Envolvíame como muelle estofa de lana fina el aire tibio y luminoso, caldeándome el cuerpo, helado por aquella atmósfera cadavérica; estaba ya libre de aquella pesadilla arquitectónica.

Cuando volvimos á Madrid, se asombraba la gente de vernos vivos; pocas personas regresan del Escorial, porque allí se muere cualquiera de consunción en dos ó tres días, ó se pega un tiro por poco inglés que sea. Afortunadamente soy de temperamento robusto, y como decía Napoleón hablando de las balas, el monumento que me ha de matar aun no está construido. Otra cosa que sorprendió fué vernos volver con los relojes, porque en España anda siempre por los caminos gente muy deseosa de saber qué hora es, y como no hay relojes de sol ni de torre por las carreteras, á la fuerza tiene que acudir á los de los viajeros.

Y á propósito de ladrones, contaré una historia de la cual estuve expuesto á ser víctima. La dili-

gencia de Madrid á Sevilla, en la cual habríamos salido si hubiera habido sitio, fué detenida en la Mancha por una cuadrilla de ladrones ó facciosos, lo mismo da. Los ladrones se repartieron el botín y se preparaban á llevarse á los prisioneros á la montaña para hacerles pagar rescate, cuando llegó otra cuadrilla más numerosa, que zurró á la primera, le robó los prisioneros y se los llevó consigo.

Durante el trayecto, un viajero sacó la petaca, encendió un puro y le preguntó á un bandolero con toda la cortesía castellana:

—¿Quiere usted uno? Son habanos.

—Con mucho gusto—contestó el salteador, satisfecho del favor.

Y viajero y ladrón trabaron conversación, hasta que el segundo, como todos los negociantes, empezó á quejarse de que el comercio andaba mal; no se hacía negocio, el tiempo no ayudaba, la competencia estropeaba el oficio, había que hacer cola para desvalijar un coche, y á veces tres ó cuatro cuadrillas á un tiempo se peleaban por conquistar los despojos de una galera ó de una reata, y además, seguros los viajeros de que los habían de robar, no llevaban más que lo estrictamente necesario y se ponían la peor ropa.

—Aunque secuestramos á la gente—decía el bandido—, las familias tienen tan mal corazón, que no sueltan la mosca: de modo que á los secuestrados tenemos que darles de comer de nuestro bolsillo, y al cabo de un mes ó dos hemos de gastar más dinero en pólvora y plomo para pegarles un tiro, lo cual es muy desagradable cuando ya se ha tenido trato con ellos. Y para eso hemos de dormir en el suelo, comer bellotas, beber nieve derretida, recorrer interminables caminos y arriesgar el pellejo á cada paso.

Así hablaba el bandolero, harto de su oficio, cuando el viajero le preguntó por qué no se dedicaba á otro.

—Eso quisiera yo, y mis compañeros también; pero como nos persiguen y nos matarian si nos acercásemos á un pueblo, hay que seguir en esta vida.

El viajero, que era hombre de influencia, reflexionó un rato y preguntó al ladrón si aceptaría el indulto. Contestó el otro que sí, y entonces aquél replicó:

—Pues bien; me encargo de alcanzar el indulto si me dejan ustedes en libertad.

—Así sea; ahí tiene usted un caballo y dinero para ir á Madrid y un pase para que mis compañeros no le detengan. En tal parte le esperaremos con sus compañeros, á quienes hemos de tratar lo mejor posible.

El hombre fué á Madrid, alcanzó el indulto y volvió á buscar á sus compañeros de infortunio, á quienes encontró tranquilamente sentados con los secuestradores, atracándose de jamón y echando tragos de Valdepeñas, robado expresamente para ellos. ¡Delicadísimo obsequio! Estaban cantando muy divertidos, y más gana tenían de meterse á ladrones que de volver á Madrid; pero el capitán de la cuadrilla les soltó un severo sermón, y todos juntos echaron á andar, cogidos del brazo, á la ciudad, donde fueron recibidos con entusiasmo, porque malhechores cogidos por los viajeros constituyen un espectáculo raro y curioso.

X

Toledo.—El Alcázar.—La catedral.—Nuestra Señora.—San Juan de los Reyes.—La sinagoga.—El baño de Florinda.—El hospital.—Las espadas toledanas.

A pesar de una temperatura de treinta grados y de las horripilantes historias de facciosos y bandoleros, emprendimos osadamente el camino de Toledo, ciudad de las buenas espadas y las dagas románticas.

Toledo es antiquísima ciudad, una de las más viejas del mundo, según los cronistas. Los más moderados dicen que se fundó antes del diluvio (¿y por qué no en tiempo de los reyes preadamitas, algunos años antes de la creación del mundo?) Otros atribuyen á Tubal el honor de haberle puesto la primera piedra, cuáles á los griegos, quiénes á Telmón y Bruto, cónsules romanos, y varios á los judíos que entraron en España con Nabucodonosor, fundándose en la etimología de Toledo, que procede de *Toledoth*, voz hebrea que significa generaciones, porque las doce tribus contribuyeron á fundarla y á poblarla.

Sea de ello lo que fuere, Toledo es, en realidad, ciudad vieja, situada á doce leguas de Madrid. Se va en calesín ó en diligencia, que sale dos veces á la semana, y se prefiere este último medio como más seguro, porque en España, como antes en